

LOS PASOS DEL FOLKLORE COLOMBIANO

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

GAITAS Y TAMBORES

Cuenta Fray Pedro Simón, el gran cronista de la Conquista, que cuando los feroces indios yurbacos (de Cartagena) entraban en guazabaras o combates, lo hacían al son de potentes chirimías que exaltaban su valor y coraje en la lucha. Se puede afirmar con testimonios fidedignos, que las llamadas gaitas son las mismas flautas de los antiguos yurbacos. Las actuales tribus motilonas, que como aquellas son de origen caribe, confeccionan en igual forma estos instrumentos musicales.

Se distinguen dos clases de gaitas: una hembra, de variados tonos melódicos y una macho, de sonoridad grave. En tanto que la primera ejecuta las variaciones de la melodía, la otra le marca el compás. A diferencia del macho que tiene un solo orificio tonal, la hembra posee cinco. Se componen de un largo canuto elaborado con el corazón de catus llamado cardón, al que se le abren los orificios tonales en la parte inferior, en tanto que en el extremo opuesto se le adapta una ocarina o cabeza, confeccionada con polvo de carbón vegetal y cera de abeja. El cañón de una pluma de ave, preferencialmente de pato, sirve de vehículo conductor del aire. Por el tamaño se distinguen dos variedades de gaita, unas cortas, a las que habitualmente se les llama "pitos" y otras largas, las gaitas propiamente dichas.

El ejecutante del macho se acompaña de una maraca voluminosa, la que a su vez le sirve para marcar el compás del ritmo. Todo hace presumir que esta maraca ha sido siempre de confección caribe, ya que tiene características que la distinguen de sus similares africanas. Además del tamaño muy grande, tienen pequeñas perforaciones y se les usa individualmente y no en parejas. Gaitas y maraca son, pues, los aportes indígenas, que unidos a los tambores africanos, forman los llamados conjuntos de gaitas.

Igual que las flautas, los tambores de indudable ancestro africano, son de dos clases diferentes. Uno mayor, llamado hembra, de sesenta o más centímetros de altura, en forma de cono truncado, en cuya base se adapta una piel de chivo o de ternera, que se estira con cuerdas y cuñas. El vértice truncado, que se apoya en el suelo, a diferencia de los cununos de la Costa del Pacífico, es abierto. Esta circunstancia comunica a la

caja de resonancia de madera gran variedad de tonos durante la percusión, según que el extremo permanezca en el aire, apoyado marginalmente contra el suelo o totalmente tapado contra él. El tamborero, inclinándolo o levantándolo con las rodillas, puede a voluntad cambiar el tono del instrumento. Simultáneamente, y esto constituye el arte del ejecutante, puede aumentar las variedades de tono según que percute fuerte o débilmente; lo haga en el margen o en el centro de la piel; la mediatice apoyando la mano sobre ella o percutiéndola libremente. Complicado arte que cuando es dominado por el tamborero, le inviste ante quienes lo escuchan de poderes mágicos.

Menos difícil es la percusión del tambor menor, llamado macho. Su objeto es marcar el compás de la hembra, reclamándola siempre al ritmo, por lo que también se le denomina "llamador". Por lo demás, en su forma y confección, es semejante al otro, con la diferencia de tamaño, pues solo alcanza unos treinta o cuarenta centímetros de alto por quince o veinte de diámetro en la cara percutable.

Los conjuntos de gaitas que han resistido la embestida de las bandas de viento, la radio y las radiolas, constituyen los instrumentos folklóricos musicales más popularizados en la Costa Atlántica. Originariamente a las gaitas se les tocaba solas, acompañadas de la maraca y su ritmo musical indígena, recibía el nombre de "maya". Posteriormente se sumaron los tambores africanos imprimiendo alegría y ligereza al ritmo. De poco tiempo acá se les sumó la copla, exaltando la inspiración popular con la nota satírica o el emocionado relato del paisaje. En esta forma el aporte español se ha hecho presente en el mestizaje afro-americano de gaitas y tambores.

En muchas regiones del litoral Atlántico, estos conjuntos constituyen el elemento básico del baile de la Cumbia. Los músicos ocupan un lugar central en la plaza del pueblo, o a orillas de la playa, en tanto que los bailarores en parejas, forman un círculo a su alrededor. Otras veces las gaitas son eliminadas y los tambores son los únicos acompañantes del baile, dando origen al bullerengue, en el que se rompe el círculo y las parejas gozan de mayor libertad en la expresión de sus movimientos.

Existe una especie de flauta, la caña de millo, de posible ancestro indígena, que habitualmente reemplaza a las gaitas. Esta flauta puede ser confeccionada con el tallo de la gramínea llamada millo o con el bambú denominado lata. Su tamaño no alcanza los treinta centímetros de largo y en uno de sus extremos se le excava una pequeña lengüeta. El ejecutante la coloca horizontalmente en la boca y hace vibrar la lengüeta aspirando y expulsando una corriente de aire a través de ella. Cuatro orificios en el extremo opuesto facilitan la modulación de sus tonos. Su presencia en el conjunto musical no solo elimina a las gaitas, sino también a la maraca que las acompaña, hecho que señala la unidad musical de estos instrumentos. En suplantación de la maraca, aparece el güacho de latón, cilindro metálico con semillas en su interior, aporte hispano. En esta forma constituyen un nuevo grupo musical llamado cumbiamba, también de trilogía étnica, muy popular en muchas regiones de la Costa Atlántica.